

# ⇒ Unitarios en Argentina ¿los buenos o los malos de la historia? La construcción antagónica de la imagen de una facción política decimonónica a través de las corrientes historiográficas liberal y revisionista

Ignacio Zubizarreta

*Universidad Nacional de Tres de Febrero; Universidad de Buenos Aires/  
CONICET, Argentina*

**Resumen:** Unitarios y federales constituyeron las dos facciones más importantes que tuvo la Argentina durante la primera mitad del siglo XIX. Nuestro objeto es demostrar que la historiografía precedente ha erigido, en torno a ellas, la construcción monolítica y antinómica de dos facciones políticas, que, más que reflejar la realidad histórica, evidencia la manipulación –consciente e inconsciente– del pasado y la polarización política imperante de los tiempos en que dichas corrientes historiográficas construían su propia legitimación discursiva.

**Palabras clave:** Unitarismo; Historiografía liberal; Revisionismo; Argentina; Siglos XIX-XX.

**Abstract:** Unitarians and Federalists made up the two most important factions in Argentina during the first half of the 19<sup>th</sup> century. Our goal is to show that the previous historiography has constructed a monolithic and antinomial image of these two political factions that, more than reflecting the historic reality, make evident the manipulation –conscious or unconscious – of the past and the prevailing political polarization in times in which these historiographical currents were building their own discursive legitimation.

**Keywords:** Unitarism; Liberal historiography; Historical revisionism; Argentina; 19<sup>th</sup>-20<sup>th</sup> Century.

## Introducción

En términos generales, la postura liberal y la revisionista han dominado la producción historiográfica argentina a lo largo de gran parte del siglo pasado. Para la primera, los unitarios representaron una generación trunca e infortunada pero necesaria, pues sentaron las bases que desembocarían –previo paso por el “oscurantismo rosista”– en la construcción del Estado-nación de orden liberal. Para la segunda, personificaron los pecados de “lesa ortodoxia” nacionalista al haber abierto créditos con el Imperio Británico, fomentado la inmigración y exaltado el valor de la cultura europea sobre la vernácula. De este modo, posicionándose una corriente en las antípodas de la otra, colaboraron ambas a cimentar la idea de la existencia pasada de dos facciones sumamente acabadas, una el reverso perfecto de la otra. Además, ambas posturas construyeron un relato en el cual una de las facciones, la de su preferencia, encarnaba todas las características posi-

vas imaginables, mientras la otra adolecía sólo de defectos. Dichas tendencias se plasmaron y se corporizaron, principalmente, en los líderes o representantes más conocidos de cada agrupación política: Bernardino Rivadavia para el caso unitario, y Juan Manuel de Rosas en relación al federalismo.

Pese a lo antedicho, la historiografía ha servido de puente conector entre los hechos históricos y el momento actual. Ignorarla, por considerarla anticuada, inadecuada, deslucida o superada, puede resultar un error sumamente caro. Es certero admitir que sus yerros, pero también los vacíos y silencios dejados en su traza, justifican el presente artículo. Nuestro primordial objeto es intentar demostrar cómo la historiografía -a pesar de que las más influyentes corrientes historiográficas han abonado la construcción arquetípica y monolítica de unitarios y federales-, se nutre inevitablemente del legado anterior, se mezcla en sus polémicas y pretende abrir un diálogo franco y beneficioso con él. De allí que surjan algunos interrogantes que se intentarán despejar a lo largo de nuestra presentación: ¿Cómo fue mutando la historiografía de cara a las dos facciones más trascendentales de la primera mitad del siglo XIX? ¿En qué sentido se puede argumentar que las ideologías de los diversos momentos enriquecieron, perjudicaron, o sencillamente mutaron las ópticas de análisis sobre esas facciones? ¿Existió una evolución gradual hacia un momento de mayor precisión en el estudio del pasado, o simplemente, sólo se invirtió la valoración preferencial de una facción hacia la otra?

Quisiera resaltar que considero relevante renovar los estudios sobre la facción unitaria dado que, como resultado del desarrollo historiográfico que aquí se expondrá, existe actualmente una gran laguna en torno a la misma. Es fundamental comprender que sólo se podrá avanzar en el esclarecimiento de su pasado si atendemos y revelamos tanto los desaciertos como las desavenencias que han promovido interpretaciones históricas demasiado aferradas a componentes ideológicos que colaboraron en estandarizar una imagen sobre las principales facciones decimonónicas que se aleja un tanto de la realidad.

Existieron diversos colectivos de interpretación histórica que realizaron aportes sobre el legado de los unitarios, y que se fueron sucediendo en el tiempo, aunque en algunos momentos coexistieron. De este modo, primero abordaremos un análisis sobre la favorable visión que proyectaron los miembros de la Joven Generación -de tendencia liberal- con respecto a los unitarios, durante la segunda mitad del siglo XIX. Luego, nos ocuparemos de la Nueva Escuela Histórica -en la que alternaron tanto miradas entusiastas en relación al legado unitario como otras más críticas-, para desembocar, a partir de la década de 1930, en el análisis de los autores revisionistas y neo-revisionistas, explícitamente antiunitarios y reivindicativos del régimen de Rosas. Dejaremos de lado, en nuestro análisis, los aportes sobre unitarios y federales que se efectuaron desde la renovación historiográfica surgida a partir de 1983, pues consideramos que esa sola temática amerita otra investigación paralela. Antes de embarcarnos en la tarea recién bosquejada, no consideramos trivial hacer una breve reseña del grupo político que retrata la historiografía que analizaremos a lo largo del trabajo.

Los unitarios constituyeron una facción política que vio la luz en los inicios de la década de 1820. En un comienzo, no fueron denominados como tales, pero ya gran parte de los actores que tendrán un papel protagónico dentro del unitarismo se nucleaban en torno a la figura de Bernardino Rivadavia, ministro multifacético que actuó durante el gobierno del general Martín Rodríguez (1820-1824) en Buenos Aires. Bajo dicha administración, Rivadavia impulsó medidas de gran envergadura, con neto tinte ilustrado y

reformista, en las áreas de política, educación, justicia, religión, etc. Su admiración por la cultura europea lo llevaría a pretender borrar las trazas coloniales no sólo dentro de la estructura gubernamental sino de la sociedad entera. Un congreso constituyente (1824-1827) lo nombraría primer presidente de la Argentina en 1826, y le facilitaría una comunicación fluida con un nutrido grupo de adeptos oriundos del interior del país que lo llevarían a la conformación de un frente político de alcance interprovincial, con preferencias por una forma de gobierno centralizada en Buenos Aires, el que sería ya denominado, por ese motivo, como “partido unitario”.

Conflictos de distinta naturaleza, como la guerra contra el Imperio del Brasil y el rechazo de la nueva constitución por varias provincias, precipitaron el fin de la breve gestión presidencial. Los federales, sus antiguos rivales, ocuparían el poder no sólo en Buenos Aires sino en buena parte del interior. A fines de 1828, un general unitario, Juan Lavalle, quebró el orden legal y desalojó del poder –y luego mandó fusilar– al gobernador bonaerense Manuel Dorrego. Juan Manuel de Rosas, federal y figura de gran ascendiente entre la población rural, se alzaría y terminaría venciendo a su oponente unitario al año siguiente. Esa situación llevaría al exilio a la mayoría de los principales miembros de la facción derrotada, y colaboraría a mantener en el poder a Rosas durante casi 20 años, transformándolo en un emblema político, tan odiado como amado, según los vaivenes de una variopinta historiografía que intentaremos comprender y retratar de aquí en adelante.

## 1. La Joven Generación

Los primeros que pudieron analizar a los unitarios “desde afuera” fueron los miembros de la Joven Generación, también conocida como Generación del 37.<sup>1</sup> Sin embargo, esta afirmación puede relativizarse. Por un lado, eran contemporáneos a los actores que juzgaban –lo que impregnaba sus juicios de parcialidad–, pero también compartieron con ellos el combate antirrosista y las amarguras del exilio, donde en muchos casos trabaron una perdurable amistad.

Esteban Echeverría (1805-1851)<sup>2</sup> creía estar apuntalando una agrupación política que se diferenciaba de las precedentes –a las que tildaba despectivamente de “facciones”– por no seguir a personas sino principios o ideas. Sin embargo, a pesar de pretender

<sup>1</sup> La agrupación romántica o Generación del 37 fue un grupo de intelectuales que recibieron el influjo de las ideas de moda venidas de Europa hacia mediados de la década de 1830. En 1837 se creó en Buenos Aires el Salón Literario, asociación que aglutinó –en la librería de Marcos Sastre– a un grupo de jóvenes que, liderados por Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez, se dedicó al análisis de las últimas corrientes literarias, sobre todo de la romántica, y que gradualmente comenzaría a incursionar en el debate político, lo que prontamente le ganaría la animadversión de Rosas. Desde el exilio, gran parte de la asociación se mancomunaría con otras facciones antirrosistas con el objeto de derribar al gobernador porteño. Con posterioridad a la derrota de Rosas en Caseros (1852), sus integrantes tendrían una participación política clave en distintas áreas de gobierno. Aún hoy la mejor obra sobre la Generación del 37 siga siendo probablemente la de Weinberg (1977). Otro buen trabajo, pero más sintético es Myers (1998). Ver además Herrero (2009).

<sup>2</sup> Escritor argentino considerado como el primer introductor del movimiento romántico no sólo en su país sino en toda Latinoamérica.

inaugurar una nueva era, no consideraba acertado descartar lo bueno que podían haber propuesto sus antecesores, procurando alcanzar una síntesis (Echeverría 1948). Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)<sup>3</sup>, sin haber integrado el núcleo íntimo de la Asociación de Mayo porteña, crearía su retoño en la provincia de San Juan, junto a otros jóvenes intelectuales. A diferencia de Echeverría, y tal vez, de la mayoría de los miembros de la Generación del 37, Sarmiento había sido previamente un unitario. No obstante, años después, renegaría de algún modo de esa antigua pertenencia política. De entre las numerosas páginas que fue escribiendo a lo largo de su prolongada vida, impregnadas de un fortuito y precoz híbrido entre historia, sociología y política, se destaca el *Facundo*.<sup>4</sup> Allí define su posición frente a la facción centralista, y dada la potencia narrativa del relato y la celebridad que alcanzó, la obra colaboró a forjar una imagen del “unitario” que lograría pervivir a lo largo de toda la historiografía liberal.

En el marco de su dicotómica visión de la realidad argentina, para Sarmiento los centralistas del Plata encarnaron los valores de urbanismo y civilización que se contraponían, por lógica, con los que representaba la barbarie agreste del federalismo. Rivadavia, quien personificaba “la civilización europea en sus más nobles inspiraciones”, era la antítesis de Rosas, quien reflejaba “la barbarie americana en sus formas más odiosas y repugnantes” (Sarmiento 2001: 104). A simple vista, la famosa tesis sarmientina resulta sencilla: las divisiones y diferencias que minan la salud del país son culturales. El trinomio barbarie-federalismo-campo se contrapone al de civilización-unitarismo-ciudad. Si la geografía juega un rol determinante en la conformación de esos trinomios, sirve como mero sustento explicativo y subyacente de una manifestación que es entendida como principalmente cultural.

Aunque Sarmiento parece no tener más que palabras de elogio para el partido caído (2001: 100-108), los sentimientos que emanaron de la Joven Generación amalgamaron en general tanto los halagos como los acres reproches. Los admiraron e idealizaron a pesar del tiempo y las distancias. Otro miembro de la agrupación, Juan Bautista Alberdi (1810-1884)<sup>5</sup>, pensaba que las disputas entre unitarios y federales eran el reflejo de una constante búsqueda de dos grandes regiones, el interior y Buenos Aires, por el predominio en el país. De este modo, se posicionaba en las antípodas de Sarmiento cuando juzgaba que

La división en hombre de la ciudad y hombre de las campañas es falsa, no existe [...] Rosas no ha dominado con gauchos, sino con la ciudad. Los principales unitarios fueron hombres de campo, tales como Martín Rodríguez, los Ramos, los Miguens, los Díaz Vélez; por el contrario, los hombres de Rosas, los Anchorenas, los Medranos, los Dorregos, los Arana, fueron educados en las ciudades [...] La única subdivisión que admite el hombre americano español es un hombre del litoral y hombre de tierra adentro o mediterráneo. Esta división es real y profunda (Alberdi 2001: 83).

<sup>3</sup> Célebre político, escritor, periodista, pedagogo y militar; fue presidente de la Argentina entre 1868 y 1874.

<sup>4</sup> El nombre completo de la obra, que fue escrita en Chile en 1845, es *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres y ámbitos de la República Argentina*. Ver Sarmiento (2001).

<sup>5</sup> Jurista, político, escritor y periodista, autor intelectual de la Constitución Argentina de 1853.

Tiempo después de haber escrito la frase citada, Alberdi se trasformaría en uno de los más mordaces críticos de la obra histórica de otro célebre miembro de la Joven Generación, Bartolomé Mitre (1821-1906), a quien le achacaría una visión excesivamente porteñocéntrica. Alberdi creía que Buenos Aires había logrado imponer la unidad de las provincias “disfrazándola” bajo el título de federación. Mediante el criterio de unidad, Buenos Aires ejercía efectivamente el control de todo el territorio nacional, pero por el de la federación, guardaba la soberanía de su jurisdicción evitando compartir, de ese modo, el tesoro y los grandes beneficios que obtenía de su privilegiado puerto (Alberdi 1979: 107). Por ende, a Alberdi poco le importaban las distinciones entre unitarios y federales, las creía quiméricas, más bien prefería centrar el eje del conflicto entre los intereses divergentes de las provincias, desde un aspecto principalmente económico.<sup>6</sup>

Esta postura, notablemente antiporteña, lo llevaría, tal vez sin quererlo del todo, a reivindicar modalidades como el caudillismo. En su opinión, éste había surgido como una reacción lógica del interior, ante los constantes intentos porteños por domearlo a través de las incursiones de ejércitos profesionalizados. Además, en parte como resabio de la influencia que el historicismo le supo imprimir a su forma de pensar, consideraba que las conductas individuales no alteraban el gran curso del devenir histórico, y que los grandes personajes constituían el reflejo de un comportamiento social más vasto. Esta visión contradecía, indefectiblemente, su misión política: ¿cómo combatir un sistema que, aunque se encontraba encabezado por una figura polémica y autoritaria, no era otra cosa que la reverberación de la sociedad que lo había gestado? Las influencias del iluminismo seguían rondando las mentes de ese tiempo, pues tanto Alberdi como Sarmiento tenían la certeza de que la situación se podría revertir y el umbral del progreso sería traspuesto. Pero para el primero de ellos, unitarios o federales eran caras de la misma moneda: la hegemonía porteña, desligando parcialmente la responsabilidad de sus responsables materiales.

Si existió alguien que no podía estar de acuerdo con esta perspectiva, ése fue Bartolomé Mitre. Su doble perfil de político e historiador lo llevaría a evitar realzar la imagen de una facción que, en última instancia, fracasó ante el triunfante federalismo. Por ese motivo, optaría por reivindicar a figuras puntuales del bando perdedor, en especial la de Bernardino Rivadavia. En él creía ver al “más grande hombre civil de la tierra de los argentinos, padre de las instituciones libres” (Mitre 1945: 11). Pero, a diferencia de Alberdi, para Mitre el peso del regionalismo como factor causante de disputas se diluía en la responsabilidad puntual de ciertas figuras históricas. Así como hombres de la talla de Rivadavia habían podido torcer para bien el destino, otros como Rosas lo habían hecho con nefastos resultados. En definitiva, Rivadavia representaba el fiel reflejo histórico en el que Mitre quería verse retratado, con la convicción de que el camino trunco legado no había sido transitado en vano. Por ello exclamaba: “¡Han sido necesarios treinta y cinco años de dolorosas luchas y veinte de bárbara tiranía para volver al punto de partida!” (Mitre 1945: 37). Los años rosistas, suerte de “Edad Media argentina”, sólo habían servido como dolorosa ligazón entre dos momentos. No por casualidad, aquellos aspectos que Mitre rescataba con mayor ahínco de la gestión rivadaviana representaban

<sup>6</sup> Llegó a decir al respecto: “No son dos partidos, son dos países; no son los unitarios y federales, son Buenos Aires y las provincias. Es una división geográfica, no de personas, es local, no política” (Alberdi 1979: 114).

las políticas en que más había puesto empeño por hacer prosperar durante su presidencia (1862-1868): la inmigración europea y el progreso material del país. Con respecto a este último punto, Mitre rescata de Rivadavia sus intentos por adelantar las vías navegables interiores, la promoción de la banca y el comercio, su fomento de la educación, y el haber introducido al país la raza merino de ovinos

Aunque en ocasiones y con algún grado de tensión, reivindicaba su imagen como la de un hombre que había beneficiado a Buenos Aires con su obrar, mientras que en otras aseguraba que había operado por el bien de “todos los argentinos”. Por otro lado, en lugar de considerar que Rosas había surgido como un fiel reflejo de la sociedad de ese momento, adoptó una postura más liberal y menos determinista, que lo llevó a afirmar: “La tiranía de Rosas fue un hecho aislado, y ese hecho anormal ha sido vencido y sólo queda de él una terrible lección que debemos estudiar” (Mitre 1995: 307). Es decir, lo entendía como el fruto poco fortuito de un conjunto de sucesos azarosos que sólo se prestaban al frío análisis histórico con posterioridad.

Si bien es cierto que Mitre no escribió obras que específicamente retrataran a los unitarios y su pensamiento al respecto debemos extraerlo de proclamas y oraciones públicas –con las particularidades que conlleva este tipo de discursos–, la huella historiográfica legada por tan prolífico autor sentaría las bases de la historiografía liberal. Por la relación estrecha que se estableció entre los forjadores de esta corriente y los hombres en el poder, la vasta producción que tuvieron ha sido calificada de “historia oficial”.<sup>7</sup> En aras de entablar un discurso que legitimara el orden establecido y fortaleciera las bases del Estado-nación, la vertiente liberal no podía, sin embargo, reivindicar a sus predecesores unitarios sin ofender la tradición federal que imperaba.<sup>8</sup> Esa delicada tarea sólo podía llevarse a cabo enalteciendo personalidades particulares en lugar de la facción en la que se encontraban imbricadas.

Un caso similar lo constituyó Juan María Gutiérrez (1808-1878), poeta, historiador y funcionario, quien, además de haber conformado la Joven Generación actuó en materia política como aliado del presidente de la Confederación Argentina, Justo José de Urquiza, pese a su condición de porteño. Más allá de su cercanía con los federales no tuvo titubeos,

<sup>7</sup> Por “historia oficial” comprendemos aquel relato histórico que vio la luz durante la presidencia de Bartolomé Mitre (1862-1868) y que se impuso y divulgó a través de las esferas del poder con el objeto de legitimar la conformación de un Estado-Nación en ciernes. El mismo Mitre tuvo un rol fundamental en su desarrollo. Además de historiador, fue el fundador de la Junta de Numismática, futura Academia Nacional de la Historia, y autor de la *Historia de San Martín* y de la *Emancipación Sudamericana* y de la *Historia de Belgrano*, obras que contribuirían a forjar un discurso e ideario del pasado netamente liberal y que sentarían las bases de un legado interpretativo, difundido luego por los manuales escolares y que sería vehiculado y masificado gracias a la ley 1.420 (1884), que establecía la educación universal, laica y obligatoria.

<sup>8</sup> La labor del historiador del siglo XIX reviste algunas características que Mitre supo bien encarnar. Así como su amigo chileno Benjamín Vicuña Mackenna, o el peruano Ricardo Palma, por citar dos ejemplos entre tantos, Mitre encarnaba la figura de los notables (ver nota 15 abajo) que alternaban las labores intelectuales –investigación histórica, periodismo, literatura– con las obligaciones públicas que sus cargos políticos exigían –misiones diplomáticas, gestión ministerial, participación parlamentaria, etc.–. Su función en la construcción de esa comunidad imaginada que constituyó la nación fue relevante para forjar esa identidad que debía legitimarse en un pasado mitificado. Ese discurso logró masificarse gracias a los medios de comunicación como la prensa y las casas de edición. Sobre este tema ver: Anderson (1993) y, para el caso del Río de la Plata, Palti (2000) y Wasserman (1997).

en su biografía de Rivadavia, en afirmar que éste “fundó una administración que todavía no conoce rival en estos países, y parte de cuyas creaciones, como puntos luminosos, han lucido hasta en las negras horas del gobierno bárbaro” de Rosas (Gutiérrez 1860: 73). Además, descartaba que Rivadavia hubiese sido, tal como le achacaban sus detractores, un visionario o utopista, pues años después “la fábula se hizo verdad”. En este sentido, la postura de Gutiérrez es bastante similar a la de Mitre –a la que podríamos encuadrar en un liberalismo *tout court*–, pues, también cuidándose de destilar palabras elogiosas hacia el unitarismo como conjunto político, se limitaba a prestigiar a su figura más célebre, Rivadavia, definiéndolo como un “precursor” y un impulsor de las instituciones liberales, de las que ambos se consideraban sus continuadores y legítimos herederos.

Vicente Fidel López (1815-1903) es el último de los miembros de la agrupación romántica del que nos ocuparemos. Amigo de Juan María Gutiérrez, fue otro porteño que defendió la Confederación urquizista. Protagonizó acalorados debates historiográficos con Bartolomé Mitre que movilizaron a la intelectualidad de la época a tomar partido por uno u otro. A diferencia de las otras figuras de la Joven Generación ya mencionadas, fue el único que manifestó una tendencia explícita y contraria al unitarismo. En López se cuelan ojerizas personales que le imposibilitan una mirada más imparcial hacia el pasado, cuestión que Mitre le reclamaba severamente. Su penetrante riqueza explicativa y argumentativa se contraponen a su incapacidad para tomar distancia del sujeto que analiza. Su animosidad hacia ciertos personajes era, además, en parte heredada del emplazamiento y opinión política de su propio padre, Vicente López y Planes (1785-1856), quien fue presidente provisorio de Argentina (1827) y gobernador de Buenos Aires (1852). Vicente Fidel López calificaría a los unitarios de “conservadores” y “oligarcas” –aunque con el sentido de su tiempo–, observando que esas características de la facción le dificultaban el diálogo con los sectores subalternos. Sin embargo, su más punzante y acerado veredicto lo reservó para el paladín del partido centralista, Bernardino Rivadavia.

Como observamos previamente, si bien los miembros de la Joven Generación analizados habían optado sagazmente por eludir la reivindicación de la facción centralista, no se ruborizaban en destacar el impulso institucionalizador, reformista y liberal que Rivadavia le había sabido imprimir a su gestión como ministro de Martín Rodríguez en la provincia de Buenos Aires (1821-1824). López, en cambio, ni eso quería consentirle. Por un lado, argüía que, antes de que Rivadavia tomase el cargo, la administración provincial ya estaba encausada por la senda del liberalismo. Por otro, ponía de relieve la poca originalidad del proyecto reformista emprendido por Rivadavia juzgándolo como una mera réplica de las reformas borbónicas impulsadas en España por Carlos III e ideadas por el célebre conde de Floridablanca. Además, consideraba que la persona más valiosa del gabinete de Rodríguez era Manuel García, ministro “muy superior” a su colega Rivadavia.

Para López, y puede que aquí resida su más profunda reflexión sobre el tema que nos ocupa, Rivadavia no constituyó, como lo fue para otros autores citados, una suerte de antítesis de Rosas; más bien al contrario, lo consideró una anunciación. Al respecto, recomienda:

Suprimid los sucesos y los incidentes intermedios; confrontad solo los resultados de conjunto, y advertiréis al momento como los gérmenes de la leyenda han ido produciéndose en dos figuras: Rosas, trasuntado en Satanás de la época tenebrosa de nuestras desgracias; Rivadavia entre los resplandores de nuestros más gloriosos y mejores tiempos. Los contrastes

hacen en la historia los mismos efectos que los extremos de la luz y de la oscuridad hacen en la retina (López 1883: 497).

Es válido señalar que la frase fue extremadamente osada para su tiempo. La solapada reivindicación que de algún modo realiza de la figura de Rosas, en el fondo, no es otra cosa que una nueva crítica a Rivadavia. Pues la continuidad que encuentra entre los dos regímenes la ejemplifica con el avance que Rivadavia lleva adelante en la intervención y reglamentación de la vida ciudadana por parte del Estado, incluso en la esfera de lo privado. La “manía” rivadaviana por regular hasta el más ínfimo detalle le permitiría a López advertir que luego Rosas “no tuvo nada que hacer; su camino estaba abierto, y pudo poner su mano en todo [...] ningún organismo intermedio regulaba su acción. Su mano podía alcanzar y tocar cuanto se relacionaba con la vida privada” (López 1883: 509-510). Así, López se constituyó en una *rara avis* en el firmamento de la Joven Generación, y en una oveja negra en su visión de Rivadavia; pero curiosamente, esa misma perspectiva que podría juzgarse de anticipada –y en parte lo era, por sus argumentaciones–, también fue fruto de los resquemores de un tiempo que él mismo vivió a medias, entrelazado en los recuerdos de la infancia y en los cuentos que escuchó de su progenitor.

## 2. Los revisionistas, la Nueva Escuela Histórica y los neo-revisionistas

La corriente positivista, que dejó una sustancial impronta en el mundo historiográfico<sup>9</sup>, perdió mucho de su prédica con el avance de otros movimientos luego de la Primera Guerra Mundial, dándole espacio a la hermenéutica en el caso de las ciencias, al modernismo en las letras y, en relación con la historia argentina, al revisionismo, estilo de pensamiento con cierta inclinación por el emergente nacionalismo. El revisionismo es una corriente historiográfica sumamente controvertida, puesto que se la ha juzgado con frecuencia por anteponer su ardor político-ideológico a las reglas principales del oficio del historiador. Más o menos documentado según los casos, el legado revisionista se enmarca en una suerte de relato ensayístico, literario o periodístico. Bien vale aclarar que dicha corriente busca “revisar” la historia en aras de encontrar una verdad “oculta” o “distorsionada”, producto de la “historiografía oficial” o “liberal”, cuyos artífices fueron los autores analizados anteriormente, Mitre y Sarmiento los más paradigmáticos.

Existen análisis muy profundos sobre el revisionismo histórico que ponen de relieve principalmente sus defectos y carencias metodológicas. Para el historiador Tulio Halperín Donghi (2005), el revisionismo constituye una visión decadentista de la historia nacional, porque se ha fortalecido en momentos en que el país ha entrado en crisis. Asimismo, este autor considera que esa corriente no realizó ningún avance en el plano estrictamente historiográfico. Sin embargo, ha logrado introducir ciertas formas de comprender la historia en sectores muy importantes y masivos de la sociedad, hecho que no puede

<sup>9</sup> Las interpretaciones históricas elaboradas por figuras de la talla de José María Ramos Mejía (1849-1914) y su discípulo José Ingenieros (1877-1925), que se pueden enmarcar dentro del pensamiento positivista de su tiempo sin llegar a constituir un antecedente directo del revisionismo, dejaron de reproducir una imagen idealizada de los unitarios aunque siguieron manteniendo una crítica severa hacia el régimen de Rosas. Para comprender mejor a dichos exponentes, ver Terán (2009).

ser ignorado y que se puede constatar por la cantidad de autores, ediciones y ejemplares vendidos que corresponden al movimiento en cuestión. Incluso actualmente esta corriente historiográfica ha logrado la instauración, por parte del Estado, del Instituto Nacional de Doctrina Histórica, organismo no exento de debate (Sarlo 2011). La clave de su éxito radica en que parece no pasar de moda, o dicho de otro modo, prefiere mutar a capitular. Su vigencia se debe a “una infinita capacidad de adaptación cambiante de capas crecientes de opinión pública, despertadas gradualmente a los problemas del presente y el pasado argentinos por una crisis que no cesa de ahondarse” (Halperín Donghi 2005: 42). Además, dicho movimiento amerita ser analizado porque “atravesó los dos grandes movimientos políticos argentinos, el radicalismo y el peronismo” (Quattrocchi-Woisson 1992: 10).<sup>10</sup> Si en la “historia oficial” o “liberal” la figura de Rivadavia había sido laureada hasta el encomio, el revisionismo por el contrario rehabilitaría la imagen de Rosas hasta ubicarlo en lo más alto del panteón nacional. En el inicio de esta corriente hubo dos fuentes de inspiración en la reivindicación de la figura de Rosas, una de carácter popular, la otra de carácter elitista. Por eso, Diana Quattrocchi-Woisson ha considerado que “la doble inspiración ‘derecha/izquierda’ no abandonará jamás el fenómeno revisionista y será la base de su gran vitalidad” (1992: 15, la traducción es nuestra). Ese proceso de revitalización de la imagen de Rosas llevaría, por lógica, a una gradual y solapada crítica al unitarismo, que *in crescendo* llegaría a transfigurarse en el germen de todos los males que experimentó el país.

Un aspecto que es necesario puntualizar es que, si bien el revisionismo histórico ha sido denostado por la “historiografía profesional”, sin embargo, es probable que su mirada negativa hacia el unitarismo haya coadyuvado a que dicha temática no haya vuelto a ser motivo de estudios profundos luego de la gran renovación historiográfica que se produjo a partir de 1983. Por el contrario, la atención prestada al rosismo no sólo no ha perdido vitalidad con el transcurso del tiempo, sino que por el contrario, ha tomado un impulso inusitado. Por lo tanto, el revisionismo no sólo fue parcialmente exitoso en “desacralizar” al unitarismo, sino que además habría logrado indirectamente que se transformara –historiográficamente hablando– en un tópico poco atractivo. Se podría así aseverar que el estigma creado por el revisionismo perduró.

Lo que sigue a continuación es un análisis de aquello que los revisionistas expresaron, pero sobre todo, difundieron, sobre los unitarios. Vale recalcar que, así como los liberales no tuvieron una perspectiva monolítica sobre la cuestión, algo similar sucedió con los revisionistas, aunque entre estos últimos todos coincidieron en repudiar el comportamiento político de esa facción, todos excepto Saldías, que paradójicamente fue el iniciador del movimiento.

Adolfo Saldías (1849-1914), diestro discípulo del mismísimo Bartolomé Mitre, surgido de una familia filounitaria y empapado de un mundo demasiado liberal y antirrosista, se interesó por explorar al vejado régimen bajo una mirada diferente. Usufructuando los inexplorados archivos del propio Restaurador Juan Manuel de Rosas en poder de su hija Manuelita y sitios en los suburbios londinenses, comenzó una obra de largo aliento que en 1881 vería la luz bajo el título *Historia de Rosas*. Si su profundo estudio sobre la

<sup>10</sup> La Unión Cívica Radical (UCR) es un partido político argentino que nació en 1891, fundado por Leandro Alem (1841-1896). El Peronismo es un movimiento político de raigambre popular que se creó alrededor de la figura de Juan Domingo Perón (1895-1974) hacia mediados del siglo xx.

vida y obra de esta personalidad lo llevó a la incómoda situación de reivindicar a su biografiado, no por ello dejó un instante de elogiar también la figura de quien para Sarmiento o Mitre no fue otra cosa que su antítesis, Bernardino Rivadavia. Convengamos que las virtudes del régimen rosista sólo serían enunciadas por Saldías en referencia a algunos aspectos, evitando ponderar lo más controvertido de Rosas: su faceta autoritaria y sangrienta.

Lo curioso de este autor radica en que, sin criticar lo que luego con total libertad y frecuencia vituperarían los revisionistas, equilibró —en una suerte de relato acrítico— las principales figuras de las distintas facciones analizadas. Verbigracia, sobre Rivadavia declaró que: “como estadista y como administrador nadie lo ha superado [...] lo que hizo como reformador constituye, después de setenta años, el desiderátum de los pueblos y gobiernos de la América del Sur” (Saldías 1960: I, 163); y también consideró a Segundo de Agüero, Valentín Gómez o Manuel García como “los hombres más preparados de su tiempo” (I, 163). Una reflexión similar realiza Saldías en torno a la del poeta unitario Juan Cruz Varela, aunque sin por ello dejar paralelamente de ponderar la figura de su eterno émulo, el padre Castañeda. Sin embargo, el hecho mismo de tildar los intentos unitarios por nacionalizar Buenos Aires de “inoportunos” e “impolíticos” pareciera mostrarnos una crítica que, por otro lado, poco tiene de original: los caudillos federales que no siguieron las directivas de la nueva constitución centralista serían también anatematizados como “demagogos y poco patriotas”. De este modo, Saldías no sólo evitaba reivindicar el federalismo como facción política, sino que buscó valorar solamente ciertos aspectos del régimen rosista.

Mucho más lejos en la senda reivindicatoria del rosismo iría Ernesto Quesada (1858-1934). El privilegio de haber podido acceder, por motivos familiares, a los archivos no sólo de su padre Vicente (diputado y diplomático), sino y sobre todo, a los del general rosista Ángel Pacheco —por vía conyugal—, le permitieron escribir su más célebre obra, *La época de Rosas*, en 1898. A diferencia de Saldías, Quesada se animó a enaltecer sin tapujos a Rosas, además de verter sobre los unitarios críticas que luego el revisionismo haría propias. Con respecto al propósito de sus investigaciones, afirmó que éste era “exclusivamente buscar la verdad —perteneciendo a una generación que es ya posterior para la época estudiada” (Quesada 1926: 12). Asimismo, aseguró que no era posible “sostener la candorosa ingenuidad de que con Rosas estaban todos los pillos, y con los unitarios todos los virtuosos” (Quesada 1926: 21). Puede que, como tantos otros revisionistas, su desencanto por los unitarios —y también su simpatía por el rosismo— se debieran a una disconformidad con la sociedad liberal de su tiempo, que comenzaba a ser severamente cuestionada desde distintas perspectivas. Las críticas a un presente demasiado materialista, liberal y extranjerizante serían moneda corriente a principios del siglo XIX. Esa visión era acuñada principalmente por las clases altas y generada por situaciones concretas: el proceso de masificación y las grandes corrientes inmigratorias arribadas a las costas del Plata llevaban a reivindicar un hipotético pasado criollo como medio para fortalecer un sentimiento de identidad nacional. En esa construcción identitaria también colaboraron algunas corrientes de pensamiento, como el modernismo, con su descrédito hacia el progreso.

La reivindicación del universo rosista llegó de la mano de un impulso más amplio pero gradual de revitalización y admiración de la cultura rural —ciertamente idealizada— por autores como José Hernández, Manuel Gálvez, José Sixto Álvarez (más conocido

como Fray Mocho), Ricardo Güiraldes y Leopoldo Lugones. Esta corriente, que era vitalista, antiintelectualista, criollista –pero también, en ocasiones, hispanista–, y de algún modo conservadora y nacionalista, no podía simpatizar con todo aquello que representaba la generación precedente –netamente liberal y filoeuropea– y por consecuencia lógica –y casi por antonomasia– tampoco con los unitarios<sup>11</sup>. Sin embargo, hubo al menos una excepción en esta época para destacar.

Joaquín V. González (1863-1923) fue algo más que un prolífico escritor e intelectual. Político, orador y educador, constituyó lo que la historiografía ha tildado de “notable”.<sup>12</sup> En él, seguía confluyendo cierto optimismo sarmientino con una buena dosis de idearios extraídos de Ramos Mejía (Roldán 1993: 32). Su obra histórica de mayor trascendencia fue *El juicio del siglo*, aunque no destaca por la originalidad de sus ideas. Ni González estaba interesado en innovar, ni consideraba, por otro lado, que en la reconstrucción histórica se pudiera ir mucho más allá de lo ya transitado por Mitre o Vicente Fidel López. Sin embargo, lo que nos interesa de él no son tanto sus deducciones historiográficas, sino la gravitación que éstas pudieron tener gracias a su posición específica. No sólo tuvo gran influencia en el Consejo Nacional de Educación, fue docente titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y fundó el luego denominado Instituto Nacional del Profesorado Secundario; sino que, y por sobre todo, fue el creador (y luego rector) de la influyente Universidad de La Plata. De esta manera, la difusión de sus ideas se relaciona con un proceso característico de este tiempo: el surgimiento del campo intelectual, la importancia creciente del Estado en la formación de identidades y el desarrollo de la industria editorial (Neiburg-Plotkin 2004). De un modo u otro, la figura de Joaquín V. González estaba vinculada con todos estos aspectos.

En su opinión, unitarios y federales fueron consecuencia de una lucha inveterada entre la ciudad y el campo por la conducción de la cosa pública, que sólo pudo cristalizar como consecuencia de la caída de la dominación hispánica (González 1979: 66). En ese marco, caudillos como Rosas constituyeron “la encarnación individual de la común expansión de la masa rural”, y llegaron incluso a “subordinar durante largas épocas a las clases intelectuales, cultas, letradas” (como la unitaria), doblegadas por “los impulsos de las clases inferiores” (González 1979: 67). La Revolución de Mayo<sup>13</sup> tuvo, según González, propósitos institucionales y sociales. Estos objetivos habrían sido continuados por hombres que representaron a la ciudad, como Rivadavia, quien “tuvo la virtud y la gloria de marcar a las demás provincias, y aún a los demás estados más próximos, un tipo de gobierno culto y progresivo” (González 1979: 67), pero habrían sufrido severos retrocesos –propios de un proceso– con la “irrupción de la barbarie” en tiempos en los que el campo, con Rosas a la cabeza, dominó a la ciudad. ¿Cómo se pasó de un estado al otro? González admite que la explicación es compleja, pero lo que le importa, en última ins-

<sup>11</sup> Sobre dichas corrientes de pensamiento, recomendamos ver los capítulos 4, 5, 6 y 7 de Terán (2009), además de Bertoni (2001) y Sebrelí (2002).

<sup>12</sup> Un notable es alguien que puede llegar a un alto grado de influencia, en gran parte por cierta condición previa de nacimiento o por pertenecer a una determinada clase. En muchos casos, los notables se caracterizan por su capacidad de interactuar en diferentes ámbitos, de compartir diversos cargos o funciones, de forma intercalada o paralela. Sobre esta temática, véanse Botana (1998) y Zimmermann (1995).

<sup>13</sup> El 25 de mayo de 1810 fue el día en que los patriotas porteños, reunidos en Cabildo, desalojaron del poder al virrey de Buenos Aires, Baltasar Cisneros, dando comienzo a un gobierno autónomico. Dicha fecha ha sido constituida como la fecha patria más representativa de Argentina.

tancia, es que el primer modelo –del cual se sentía un fiel representante– salió a la larga victorioso en una evolución histórica que, en sus escritos, tiene mucho de historicista, pero no poco de positivista y evolucionista.

Dos años más tarde de la primera edición de *El juicio del siglo*, salió publicada una obra de gran trascendencia historiográfica: *Las guerras civiles argentinas*, del historiador y jurista entrerriano Juan Álvarez. Sin el brillo político de González, Álvarez logró producir lo que el historiador Sergio Bagú consideró como el primer análisis histórico-económico del país (1966: 5). La tesis que propone es, en cierta forma, novedosa. Si antes vimos cómo las causas de las disputas entre unitarios y federales debían buscarse en motivos ideológicos y culturales, la obra de Álvarez sentó un antecedente que los historiadores posteriores no pudieron dejar de considerar: las causas económicas. De ese tipo de abordaje se desprende que la caída de Rivadavia se debió principalmente a su intención de compartir con el resto de las provincias los frutos de la aduana porteña (Álvarez 1966: 48). Álvarez no se concentra en la moralidad de los actos de los principales protagonistas de la historia, como sí lo hicieron tantos autores coetáneos suyos. Así, logra un análisis que goza de cierta imparcialidad en relación a los bandos irreconciliables. Según su visión, Rosas habría logrado conservarse mucho más tiempo que Rivadavia en el poder por la sencilla razón de que supo mantener una suerte de “transacción entre los librecambistas del litoral y los productores de las otras regiones, y obtuvo cierto equilibrio parecido al que existía en tiempos del rey” (49). Sin embargo, a través de modos solapados de subsidiar a las provincias más pobres, pudo dejar “en pie la cuestión del puerto único y el cierre de los ríos” (49).

Poco después de las precursoras interpretaciones de Álvarez, nació la “Nueva Escuela Histórica”, que se constituyó en un movimiento historiográfico de gran trascendencia. Nacida en la década de 1920, esta corriente impulsó nuevas maneras de trabajar la historia, afianzando procedimientos científicos y metodológicos más análogos con los que proponían en Francia los historiadores Charles Seignobos y Charles Victor Langlois. Sus principales exponentes fueron Ricardo Levene y Emilio Ravignani, quienes a su vez encabezaron las dos principales instituciones historiográficas de la Argentina: la Junta de Historia y Numismática Americana (años después devenida en Academia Nacional de la Historia), y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras (hoy denominado Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”). A través de esas instituciones no sólo se promovieron publicaciones, investigaciones y ediciones de fuentes documentales, y se organizaron archivos, entre otras acciones, sino que también tomaron mayor impulso otras perspectivas historiográficas, como la historia colonial (José Miguel Torre Revelo, Rómulo D. Carbia), la historia jurídica y política (Ricardo Levene y Emilio Ravignani) o la historia económica (Juan Álvarez). Si algunos de sus miembros, como Levene, tuvieron una mirada bastante favorable sobre el unitarismo, otros, en cambio, fueron más proclives a criticarlo, adoptando una postura más filorrosista, como el mismo Emilio Ravignani y Diego Molinari, quienes a su vez estaban embanderados con el partido radical. Por lo tanto, los integrantes de la “Nueva Escuela Histórica” compartían ciertos presupuestos metodológicos pero tenían divergencias significativas, lo que nos habla de una diversidad bien distante de lo que comúnmente se entiende por el restringido término de “historia oficial”, mote con el que fue calificada por parte de los revisionistas su obra paradigmática, la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene (1942).

Si bien los primeros trabajos de Levene muestran cierta crítica hacia el legado demasiado “especulativo” y poco práctico de los unitarios, y admiran el pragmatismo de Rosas (Levene 1911: 200-210), esto puede ser debido, en parte, al influjo de su tutor Ernesto Quesada. En su obra *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, Levene se refiere a Rivadavia en términos bastante similares a los de Sarmiento, pues destaca que “representa en la política argentina, el unitarismo contra el federalismo, pero más profundamente, el gobierno ilustrado y culto en oposición a la administración rutinaria, la ciudad contra la campaña” (Levene 1940: I, 305). Pero además remata su explicación haciendo suya una frase apologética sobre Rivadavia vertida años antes por Adolfo Saldías, al afirmar: “lo que hizo como reformador constituyente, después de tanto tiempo, es el desiderátum de los pueblos libres de la América del Sur” (Levene 1940: I, 305). Para Levene, unitarios y federales eran dos partidos de “principios”, lo que quedaría demostrado en el devenir histórico de las asambleas constituyentes de 1824 a 1827, a través de los brillantes discursos de sus integrantes; pero a partir de ese momento, ambos se transformarían en “partidos personales” (Levene 1940: I, 336). La crítica que le endosa al unitarismo es ya harto conocida: la falta de percepción de una realidad más compleja que las ideas abstractas a través de las cuales sus representantes creían aprehenderla. Sin embargo, la parte que le tocaba al rosismo era mucho más reprochable. De por sí, un capítulo de su obra, el XIX, se titula “La Tiranía”. De él se desprende que según Levene, si bien la violencia del régimen fue, en parte, alentada por equívocas decisiones previas de unitarios como Lavalle y su revuelta decembrina, el ascenso de Rosas y su política del “terror” se explican por los apoyos que logró entre los sectores de hacendados y comerciantes, quienes pedían “estabilidad y la necesidad de un gobierno fuerte” (Levene 1940: I, 337). A su vez, asevera que Rosas pudo gobernar durante un plazo tan prolongado porque supo recompensar a los sectores populares con la entrega de tierras fruto de las previas confiscaciones a los unitarios.

Emilio Ravignani, en tanto, no compartía la opinión de Levene sobre unitarios y federales. Para él, el rosismo sólo se explicaba como natural consecuencia del unitarismo. “El acto injusto engendra reacción”, decía Ravignani (1927: 62), argumentando que los errores cometidos por los unitarios habían dado vida al federalismo. Pero eso no era todo, también consideraba que Rosas había dado un paso importante en la organización del territorio, cuestión que, por otra parte, ya había observado con clarividencia Sarmiento en su obra *Facundo*.

Hacia fines de la década de 1920 comenzaba a gestarse el “revisiónismo clásico”. Al respecto, es necesario realizar una distinción de importancia. No todos los que reivindicaron la figura de Rosas fueron revisionistas en el sentido más específico del término. Es decir, si Emilio Ravignani o Luis Molinari lo hicieron, en consonancia con algunas de las ideas defendidas por el revisionismo, no por eso deben ser considerados dentro de ese movimiento. En el revisionismo se alineó un grupo concreto de autores que, aunque luego irían transitando caminos no siempre convergentes, se encontraban unidos por afinidades, entre las cuales la atracción por la figura de Rosas fue, sin lugar a dudas, la principal, pero que también se caracterizaron por cierta falta de rigurosidad en el método histórico que empleaban. Sus exponentes más representativos fueron: Julio Irazusta, Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren, José Luis Busaniche, Ernesto Palacio y Raúl Scalabrini Ortiz. Por razones de espacio nos detendremos solamente en Julio Irazusta, a quien Halperín Donghi definió como “el más brillante de los historiadores revisionistas” (2005:

23). Notablemente influido por las ideas nacionalistas del francés Charles Maurras, Irazusta se serviría de la historia para denunciar los males de su presente, al verse desencantado por la frustrada presidencia del fascistoide José Félix Uriburu y aún más por la política filo-británica de su sucesor, Agustín P. Justo, pero en particular por el llamado pacto Roca-Runciman (1933), a través del cual Argentina quedaba supeditada económicamente –y a un precio para muchos cuestionable– a las necesidades de Gran Bretaña. Pero, en tanto historiador, a Irazusta le interesaba rastrear el origen de una política económica que juzgaba –como todo su grupo– demasiado dependiente de las potencias extranjeras. Y según su interpretación, ese “pecado original” lo habrían cometido los unitarios.

Una característica propia del revisionismo fue la de llevar su pensamiento a su máxima expresión: los unitarios, en este sentido, no sólo habían abierto las puertas al capital británico –lo que podía leerse desde un enfoque nacionalista como una acción desafortunada pero no necesariamente malintencionada–, sino que lo habían efectuado porque eran moralmente reprochables. El empréstito Baring Brothers, un préstamo pedido por el gobierno porteño a la banca británica en 1824, era considerado como el elemento inicial de una política de “dependencia” económica hacia ese país insular.<sup>14</sup> Obras como *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, de Julio Irazusta, o el clásico *Política Británica en el Río de la Plata*, de Raúl Scalabrini Ortiz, no harían más que reforzar dicha tendencia. Lo curioso del revisionismo es que, si resaltaban la figura de Rosas, ese idilio con un personaje histórico tan discutido era más el fruto de su animadversión hacia los liberales de su tiempo –y por ende, hacia los unitarios del pasado– que de las virtudes propias que pudieran haber encontrado –y que encontrarían luego– en el mismo Restaurador.

Rivadavia y Manuel García<sup>15</sup> fueron los centros de sus emponzoñados dardos. A ambos culpaban de haber cometido “pecados de juventud”: al primero por haber combatido al federal Artigas, y por ende, colaborado a la segregación de la Banda Oriental; al segundo, por haber intentado políticas de seducción hacia los portugueses. Por lo tanto, de dos políticos que impulsaron abiertamente –siempre según Irazusta– la desmembración del supuesto territorio nacional no podía esperarse sino que alentaran “un sistema de expoliación, en escala continental” contribuyendo “más que nada a afianzar la influencia británica en el país”, poniendo así en riesgo “nuestro honor” y “nuestros intereses” (Irazusta 1968: 43-51).

Llegado este punto, es necesario sintetizar las ideas centrales de los revisionistas –y sus falencias– de cara a los unitarios. Al hacerlo, interesa remarcar que si bien, como se dijo, esta corriente no ha realizado aportes significativos a la historiografía, sin embargo, su éxito editorial sí marcó tendencias que calarían hondo en sectores muy amplios de la sociedad, dispuestos a utilizar la funcionalidad de su discurso como chivo expiatorio de los males que atravesaría cíclicamente el país. Es evidente que la visión del revisionismo hacia los unitarios es francamente negativa, ya que ninguno de sus integrantes fue reivindicado. En su discurso, estos últimos son siempre plenamente conscientes de sus actos y

<sup>14</sup> Para una correcta y más objetiva visión del Empréstito Baring Brothers, que contesta varios de los puntos esgrimidos por el revisionismo, ver: Amaral (1984: 559-558).

<sup>15</sup> Manuel José García (1784-1848) se desempeñó numerosas veces como ministro de Hacienda. Lo fue durante los gobiernos consecutivos de Martín Rodríguez y Gregorio Las Heras, pero también luego durante el mandato de Juan Manuel de Rosas.

parten de un plan elucubrado con antelación. A su vez, son coherentes y uniformes en sus ideas, y su capacidad para hacer daño “a la nación” va *in crescendo*, aun cuando parece que pierden influjo. A pesar de ello, los autores revisionistas nunca logran responder qué es lo que buscaban los unitarios, en qué se beneficiaban alentando el comercio británico o incitando la desmembración del territorio. Su capacidad destructiva tiene alcances temporales prolongados, trascendiendo el mero momento en que detentaron el poder (por ejemplo, el empréstito Baring Brothers tardaría decenas de años en cancelarse).

Si la virulencia hacia los unitarios fue una constante del revisionismo, el neo-revisionismo –o revisionismo de izquierda– no haría sino profundizarla. Los clásicos revisionistas no pudieron convencer del todo a Juan Domingo Perón (presidente de tendencia nacionalista en 1946-1955 y 1973-1974) de las bondades de su perspectiva histórica. Los neo-revisionistas, esperanzados en conseguirlo, tampoco lo lograrían. Ya en la obra de Scalabrini Ortiz encontramos interpretaciones sobre el “imperialismo” en clave leninista. La derrota y el exilio de Perón, los cambios operados a nivel mundial –como la Guerra Fría– y el éxito de la Revolución Cubana introducirían cambios significativos que no podrían dejar indemne un campo tan fértil en interferencias políticas como lo fue el revisionismo. Autores como José María Rosa, Jorge Abelardo Ramos o Rodolfo Puiggrós continuarían combatiendo la “historia oficial”, pero con diferencias marcadas en relación a sus antecesores revisionistas. Por un lado, abrazaron una visión nacionalista, pero no conservadora sino con influencias marxistas. De este modo, los demasiado “liberales” unitarios seguirían siendo tratados de manera bastante similar a como también lo hicieron los viejos revisionistas, pero el “conservador” Rosas sería criticado por estos autores –con la excepción de José María Rosa– en tanto “oligarca capitalista” y por haber sido uno de los mayores terratenientes de la provincia. El vocablo central de la historiografía revisionista pasaría a ser “el pueblo”, desplazando a su predecesor “la nación”.

José María Rosa, por su parte, consideraba que: “No fuimos una nación porque no nos dejaron serlo” debido a que la Argentina pasó del dominio colonial español al británico (1981: 11). Si para este autor Rosas fue “un auténtico caudillo que atinó a comprender el pueblo”, también fue un estanciero al que “no lo movieron impulsos de clase en su acción gobernante porque antes que estanciero era argentino” (12). En cambio, definió la reforma impulsada por Rivadavia como “la historia de la fracasada tentativa de imponer el coloniaje económico disfrazado de mejor conveniencia institucional” (87). Pero, siempre siguiendo a Rosa, si la lucha popular conoce victorias (como en el gobierno de Perón), “aún será dura y prolongada [...] Porque los pueblos podrán ser postergados, pero nunca aniquilados; podrán ser reprimidos, pero nunca del todo vencidos” (87). No estaban tan de acuerdo Rodolfo Puiggrós ni Abelardo Ramos sobre el rol que ejerció Rosas en su lucha contra el Imperio Británico, ya que éste tenía intereses económicos (la ganadería) demasiado conectados con esa potencia:

Desde la independencia política hasta la organización nacional se extendió un agitado periodo de luchas civiles, dividiéndose los argentinos en unitarios y federales. Los unitarios representaban a la burguesía comercial de la ciudad de Buenos Aires, con su red de agentes y comerciantes minoristas del interior, y tenían el apoyo de los jefes de los ejércitos de línea que quedaron después de la guerra de la Independencia y se deshicieron después de la guerra con el Brasil, en lucha infructuosa contra las montoneras. Adherían a los federales los caudillos de provincia, dueños de vidas y haciendas, defensores de los intereses de los ganaderos, agricultores y artesanos, jefes naturales de las masas en la guerra de montoneras contra las

pretensiones hegemónicas y monopolistas de los comerciantes de Buenos Aires y su puerto único (Puiggrós 1986: 62-63).

De esta interpretación se deduce una fuerte explicación de las divergencias políticas a partir de las causas económicas. Así, la historiografía revisionista, a diferencia de su homónima liberal, a pesar de las evidentes fallas metodológicas de que adoleció, fue mutando en sus variantes interpretativas, al haber transitado desde una visión nacionalista y conservadora a otra de sustrato más izquierdista y popular. Sin embargo, los unitarios seguirían siendo los “chivos expiatorios” de un fracaso colectivo cuyas causas podían remontarse al lejano pasado, pues para las diferentes corrientes revisionistas, una facción política que se aglutinó tanto en las ideas del liberalismo como en su prístino gusto por lo europeo no podía dejar de representar los arquetipos criticables no ya de un pasado, el que tenía una mera función instrumental, sino de los imaginarios, y en algunos casos realidades, de los antagonistas de su propio presente.

Si bien el revisionismo histórico sigue vigente en nuestros días, desde la década de 1970 no parece haber recibido nuevos aportes significativos en el plano metodológico o ideológico. La crisis económica, política, financiera y social que abatió a la Argentina en el año 2001 colaboró al surgimiento de una filosa crítica del régimen económico liberal que había imperado durante la década de 1990, reforzando también, de algún modo, una interpretación de la historia de marcado tinte nacional y revisionista. Aunque dicha corriente no logró penetrar en los ámbitos académicos ni introdujo nuevas perspectivas, gozó de notable éxito en otros dominios. En 2010 se oficializó desde el Estado el día 20 de noviembre –aniversario de la “vuelta de Obligado”, batalla en que las fuerzas de Rosas resistieron una incursión de la flota anglo-francesa en el río Paraná (1845)– como feriado patrio del “Día de la soberanía nacional”. No sólo eso, al año siguiente y por decreto presidencial, se creó el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego, lo cual polémicas entre diversos historiadores. A su vez, el revisionismo logró no sólo grandes éxitos editoriales en tiempos recientes, sino que consiguió, en 2005, hacer ingresar su visión historiográfica en gran parte de los hogares argentinos a través de un programa de la televisión abierta con audiencia masiva (*Algo habrán hecho por la historia argentina*), en el cual las principales figuras del unitarismo sufrieron mordaces críticas.<sup>16</sup> De este modo, constatamos que la discusión dicotómica sobre el legado unitario y las corrientes historiográficas liberales y revisionistas que lo analizan, siguen, aunque actualmente de un modo académicamente marginal, en plena vigencia.

## Conclusión

En el presente trabajo quisimos mostrar el modo en que la historiografía, por muchos años, labró una trama explicativa del pasado que fue solidificando un discurso y una imagen de las facciones unitaria y federal que las presenta como definitivamente antitéticas e irreconciliables. Quisimos, en la medida en que el espacio nos lo permitió, contex-

<sup>16</sup> Una más que sugerente crítica de ese programa es la de Sabato/Lobato (2005).

tualizar las distintas corrientes y comprender las coyunturas que pudieron haber llevado a los hacedores de Clío a optar por los relatos históricos que ellos mismos materializaron y difundieron. A pesar de ello, no quisiéramos caer en el mismo error en el que tropezaron. No todos los liberales ni todos los revisionistas, como pretendimos reflejarlo en el trabajo, pensaron igual, ni valorizaron, ni retrataron del mismo modo a las facciones decimonónicas. No obstante, con la excepción de lo realizado por el primer revisionista, Adolfo Saldías, que se atrevió a reivindicar figuras de ambos bandos, y de las explicaciones económicas desapasionadas de Juan Álvarez, podríamos advertir que hasta ya entrada la segunda mitad del siglo XX no existieron prácticamente relatos históricos que no hubieran tomado partido o destellado cierta simpatía por unitarios o por federales.

Así, la historiografía comenzó demostrando un rostro amable del legado unitario en momentos en que no sólo el recuerdo del régimen rosista estaba aún fresco, sino también cuando las corrientes liberales y la admiración por la cultura europea se encontraban en un momento de auge. Hacia fines del siglo XIX, los precursores del revisionismo ya argüían los motivos que justificaban una visión del rosismo más temporizadora. Tres décadas más tarde, en un mundo plagado de transformaciones y con un intercambio económico internacional menos favorable al país, las ideas liberales se irían gradualmente derrumbando y, siguiendo esa suerte, también lo haría el pasado que las legitimaba. No sólo la figura de Rosas había sido reivindicada en un clima de creciente nacionalismo, sino que los unitarios habían caído en el descrédito. La historiografía, de algún modo, había logrado invertir el viejo binomio sarmientino, pero esa nueva mirada sobre el pasado no necesariamente significó un avance en el campo académico, sino más bien un cambio brusco en las preferencias ideológicas que imperaban, obligando a la historia a formar parte de ese combate que se libraba relacionado con un presente que se había tornado vacilante.

A lo largo del trabajo quisimos demostrar que este proceder ha arrojado como resultado la construcción monolítica y antinómica de dos facciones políticas que, en muchos casos, más que reflejar la realidad histórica, sólo evidencia la instrumentalización –consciente e inconsciente– del pasado y la polarización política imperante en los tiempos en que dichas corrientes historiográficas construían su propia legitimación discursiva. Si bien es cierto que no fue sino con el retorno a la democracia (1983) que la historiografía se vio renovada profundamente, adoptando nuevos enfoques y ampliando sus campos de investigación, también lo es que la facción unitaria no ha sido atendida de manera suficiente<sup>17</sup>. Puede que las razones haya que buscarlas en diversas causas. Es probable que una de ellas se relacione con el poco atractivo que ha conservado el análisis de una facción que ha sido desprestigiada por gran parte de la historiografía, salvo la liberal. De ser esto así, podríamos concluir que, si bien la corriente revisionista, como lo señalaba Tulio Halperín Donghi, no se destacó en sus aportes metodológicos, no obstante, ha sido exitosa en aquello que se propuso al lograr desprestigiar al unitarismo mientras configuró un

<sup>17</sup> Se puede considerar que antes de ese momento los aportes valiosos sobre la época de unitarios y federales realizados por algunos historiadores como Sergio Bagú o Tulio Halperín Donghi constituyeron una suerte de *rara avis* dentro del firmamento historiográfico predominante. Fue a partir de la década de 1980, cuando la historiografía se renovaría profundamente, que se distinguieron nuevas temáticas: historia intelectual, estudios sobre procesos electorales y ciudadanía, historia conceptual, historia social y de los sectores subalternos.

discurso interpretativo que ha seguido contando con numerosos adeptos hasta el día de la fecha.

## Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1979): *Grandes y pequeños hombres del Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- (2001): *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República*. Argentina Buenos Aires: Plus Ultra.
- Amaral, Samuel (1984): “El empréstito de 1824”. En: *Desarrollo Económico*, 23, 92, pp. 559-588.
- Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Álvarez, Juan (1966): *Las guerras civiles argentinas*. Presentación por Sergio Bagú. Buenos Aires: Eudeba.
- Bagú, Sergio (1966): “Juan Álvarez”. En: Álvarez, Juan: *Las guerras civiles argentinas*. Presentación por Sergio Bagú. Buenos Aires: Eudeba, pp. 5-11.
- Bertoni, Lilia Ana (2001): *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Botana, Natalio (1998): *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Echeverría, Esteban (1948): *El Dogma Socialista*. Buenos Aires: Estrada.
- González, Joaquín V. (1979): *El juicio del siglo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Gutiérrez, Juan María (1860): *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- Halperín Donghi, Tulio (1972): *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005): *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Herrero, Alejandro (2009): *Ideas para una república. Una mirada sobre la Nueva Generación Argentina y las doctrinas políticas francesas*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Lanús.
- Irazusta, Julio (1968): *Influencia económica británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Eudeba.
- Levene, Ricardo (1911): *Los orígenes de la democracia argentina*. Buenos Aires: Librería Nacional.
- (dir.) (1940): *Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*. Volumen I. La Plata: Impresiones Oficiales.
- (dir.) (1942): *Historia de la Nación Argentina, desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- López, Vicente Fidel (1883): *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*. Buenos Aires: Carlos Casavalle.
- Mitre, Bartolomé (1887): *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Tomo III. Paris: Félix Lajwane.
- (1945): *Centenario de Rivadavia. Oración pronunciada en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires el 20 de mayo de 1880, al presentar la plancha y distribuir la medalla conmemorativa del centenario de Rivadavia*. Buenos Aires: Institución Mitre.
- (1995): “Una época. La tiranía y la resistencia”. En: Halperín Donghi, Tulio (ed.): *Proyecto y construcción de una nación, 1846-1880*. Buenos Aires: Ariel, pp. 304-308.
- Myers, Jorge (1998): “La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”. En: Goldman, Noemí (dir.): *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. (Nueva Historia Argentina, III). Buenos Aires: Sudamericana.

- Neiburg, Federico/Plotkin, Mariano (2004): *Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Palti, Elías José (2000): “La historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3 Serie, 21, 1, pp. 75-98.
- Puiggrós, Rodolfo (1986): *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*. Buenos Aires: Hyspamerica.
- Quattrocchi-Woisson, Diana (1992): *Un nationalisme de déracinés. L’Argentine pays malade de sa mémoire*. Paris: Editions du CNRS.
- Quesada, Ernesto (1898): *La época de Rosas, su verdadero carácter histórico*. Buenos Aires: Moen.
- (1926): *Lamadrid y la Coalición del Norte*. Buenos Aires: Artes y Letras.
- Ravignani, Emilio (1927): “Los estudios históricos en la República Argentina”. En: *Síntesis*, 1, 1, pp. 51-68.
- Roldán, Darío (1993): *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rosa, José María (1981): *Análisis histórico de la dependencia argentina*. Buenos Aires: Editorial Oriente.
- Sabato, Hilda/Lobato, Mirta (2005): “Falsos mitos y viejos héroes”. En: <<http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2005/12/31/u-01116107.htm>> (13.09.2012).
- Saldías, Adolfo (1960): *Historia de la Confederación Argentina*. Tomo I. Buenos Aires: Eudeba.
- Sarlo, Beatriz (2011): “Puede ser arcaico o puede ser peligroso”. En: <<http://www.lanacion.com.ar/1427025-puede-ser-arcaico-o-puede-ser-peligroso>> (28.11.2011).
- Sarmiento, Domingo F. (2001): *Facundo*. Buenos Aires: Altamira.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1957): *Política Británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Fernández Blanco Editor.
- Sebreli, Juan José (2002): *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Terán, Oscar (2009): *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wasserman, Fabio (1997): “La Generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3 Serie, 15, 1, p. 7-34.
- Weinberg, Félix (1977): *El Salón Literario*. Buenos Aires: Hachette.
- Zimmermann, Eduardo A. (1995): *Los liberales reformistas, La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana/Universidad de San Andrés.